

Elegías romanas

Johann Wolfgang von Goethe

¡Lo felices que fuimos antaño
hemos de saberlo ahora por vosotras!

I

¡Decidme, piedras, hablad, oh excelsos palacios!
¡Una palabra, calles! Genio, ¿no te conmueves?
¡Sí, todo tiene alma entre tus sacras murallas,
eterna Roma! Sólo para mí calla todo.
Oh, ¿quién me susurrará en qué ventana veré
a la dulce criatura que me aliviará al abrazarme?
¿No presiento aún los caminos por los que día tras día
en ir y venir a su casa sacrifique el tiempo precioso?
Aún contemplo palacios, iglesias, ruinas, columnas,
como el prudente que el viaje aprovecha juicioso.
¡Pero esto pasará pronto! ¡Luego será un solo templo,
el templo de Amor, el que dé su amparo al devoto!
Eres un mundo, sí, Roma, pero sin amor
ni el mundo sería el mundo, ni Roma tampoco Roma.

II

¡Honrad a quien queráis! ¡Ahora yo por fin estoy a salvo!
¡Bellas damas, y vosotros, señores del mundo elegante,
preguntad por parientes y primos y por tías ancianas,
y siga a la charla obligada el juego sin gracia!
¡Quedad igualmente con bien los restantes, en círculos
grandes y chicos, que casi lograbais hacerme desesperar!
Repetid, sin objeto y políticamente, cualquier opinión
que con saña al que viaja por Europa persigue.
Así persiguió la coplilla de Mambrú al viajero británico
primero de París a Livorno, luego de Livorno hasta Roma,
después hacia el sur hasta Nápoles; y si hacia Esmirna viajara,
¡Mambrú! allí también le recibiera, ¡Mambrú! la canción en el puerto.
Y así he debido escuchar hasta ahora a cada paso que daba
o echar pestes del pueblo o echar pestes del Consejo Real.
Ahora no me descubráis tan pronto en este refugio
que el príncipe Amor con regia protección me concede.
Con sus alas aquí me cobija; mi amada,
al modo romano, no teme a los galos airados,
ni le interesa el último chisme, sólo trata
de adivinar los deseos del hombre al que se ha entregado.
Se divierte con él, con el libre y recio extranjero
que le habla de montes y nieve, y casas de madera;
las llamas que enciende en su pecho, ella las comparte,
le alegra que no escatime el oro, como el romano.
Mejor servida está ahora su mesa; ni le faltan vestidos
ni un coche le falta que la lleve a la ópera.
Madre e hija se ufanan de su huésped del norte,
y es señor el bárbaro del corazón y del cuerpo romanos.

III

¡No te pese, querida, habérteme entregado tan pronto!
Créeme, no pienso nada sucio, no pienso nada bajo de ti.
Surten efectos varios las flechas del Amor: algunas rasgan
y con su oculto veneno enferma el corazón durante años.
Pero otras, de más fuertes plumas, con puntas recién afiladas,
penetran hasta la médula, y pronto inflaman la sangre.
En los tiempos heroicos, cuando amaban los dioses y diosas,
seguía a la mirada el deseo, y al deseo el placer.
¿Crees que lo dudó mucho la diosa del amor
cuando en el bosque de Ida quedó prendida de Anquises?
De haber tardado la Luna en besar al hermoso durmiente,
oh, pronto la Aurora, envidiosa, despertado le habría.
Hero miró a Leandro en la ruidosa fiesta, y veloz
se lanzó el amante ardoroso al nocturno oleaje.
Rea Silvia, la principesca doncella, al Tíber
va bajando a por agua, y el dios se apodera de ella.
¡Así engendró Marte sus hijos! — Amamantó a los gemelos
una loba, y Roma se llama princesa del mundo.

IV

Devotos somos los amantes, rendimos tácito culto a todo demonio,
pretendemos que nos sean propicios cada dios, cada diosa.
Y así nos parecemos a vosotros, ¡triunfadores romanos! A los dioses
de todos los pueblos del mundo ofrecisteis morada,
ya los hiciera el egipcio negros y rígidos en antiguo basalto,
o atractivos y blancos, en mármol, un griego.
Pero a los eternos no les incomoda si a una en especial
de las divinidades el más caro incienso quemamos.
Sí, no nos cuesta admitiros que nuestras plegarias,
nuestro culto diario se consagran a una en particular.
Picaros, vivos y serios celebramos fiestas secretas,
y conviene callar por igual a todos los iniciados.
Antes atraeríamos nosotros mismos con horribles acciones
a las Erinnias, antes la severa sentencia
de Zeus sufriríamos en la roca rodante o la rueda,
que al seductor servicio sustraer nuestro afecto.
Esta diosa se llama Ocasión, ¡debéis conocerla!
Con frecuencia se os aparece, siempre con forma distinta.
Hija podría ser de Proteo, engendada con Thetis,
cuya cambiante artimaña engañó a muchos héroes.
Así engaña ahora su hija al inexperto, al idiota;
sin cesar hostiga al dormido, y del despierto se escapa,
sólo al hombre veloz, al activo se entrega con gusto;
éste dócil la encuentra, juguetona y tierna y propicia.
Un día también a mí se me apareció: una morena, el cabello
le caía abundante y oscuro sobre la frente,
cortos rizos se ensortijaban en torno a su lindo cuello,
el pelo suelto se iba ondulando a partir de la raya.
Y no la ignoré, atrapé a la fugitiva; con cariño
me devolvió abrazo y beso, pronto, aplicada.
¡Oh qué feliz me sentí! — Pero calla, el tiempo ha pasado,
y sujeto estoy por vosotras, trenzas romanas.

V

Me alegra sentirme inspirado aquí en suelo clásico;
los mundos pasado y actual me hablan más alto y más seductores.
Aquí sigo el consejo, hojeo las obras de los antiguos
con solícita mano y placer renovado a diario.
Pero Amor por las noches me tiene de otro modo ocupado;
y aunque así sólo a medias me ilustro, soy feliz doblemente.
¿Y no aprendo acaso a la vez que atisbo las formas
del seno gracioso, y mi mano por las caderas se mueve?
Sólo entonces comprendo los mármoles; pues pienso y comparo,
veo con ojos que sienten, siento con mano que ve.
Y si la amada tal vez unas horas del día me roba,
me recompensa entregándome horas nocturnas.
No siempre estamos besándonos, también hablamos sensatos;
cuando el sueño la vence, sigo echado pensando en mil cosas.
He compuesto a menudo también en sus brazos poemas
y han contado con mimo en su espalda latinos hexámetros
de mi mano los dedos. Respira en su dulce sueño ella
y su aliento penetra en lo hondo de mi pecho y lo inspira.
Amor, mientras, aviva la lámpara y piensa en la época
en que hizo el mismo servicio a su triunvirato^[1].

VI

«¿Cómo puedes, cruel, afligirme con tales palabras?
¿Hablan con tanta rudeza en tu país los amantes?
¡Si el pueblo me acusa, habré de aguantarme! ¿O acaso
no soy un tanto culpable? ¡Sí, ay, culpable mas sólo contigo!
¿Estas ropas no prueban a la vecina envidiosa
que la viuda al marido no llora ya en solitario?
¿No has venido a menudo imprudente a la luz de la luna,
pardo, con la capa oscura, y el pelo atrás recogido?
¿No has escogido por broma tú mismo un disfraz religioso?
¡Y había de ser un prelado! Pues bien, el prelado eres tú.
En la eclesiástica Roma, no es fácil creerlo, mas juro
que nunca clérigo alguno se deleitó con mi abrazo.
¡Y por desgracia era pobre! Y joven. Y bien lo sabían los seductores,
Falconieri solía mirarme muy fijo a los ojos
y un alcahuete de Albani con sugerentes billetes
quiso atraerme ya a Ostia, o ya a las Cuatro Fontanas.
Pero nunca llegó a la cita la chica. Pues siempre
odié con toda mi alma las medias rojas y más aún las violetas.
Pues: “las chicas salís al final siempre engañadas”,
decía mi padre, aunque a broma mi madre lo echaba.
¡Y ahora al final resultó que he sido engañada! Te enfadas
fingidamente conmigo, pensando sólo en huir.
¡Vete pues! ¡No merecéis los hombres a las mujeres! ¡Nosotras
junto al corazón llevamos los hijos, y llevamos también de esta forma
la fidelidad, y vosotros, con vuestro ímpetu y ansia,
al tiempo que lo abrazáis aniquiláis el amor!»
Así me dijo mi amada y tomó del asiento al pequeño,
y lo apretó contra el pecho llorando y besándolo.
¡Qué avergonzado quedé de que chismes de gente enemiga
lograran haberme enturbiado tan hermosa imagen!
El fuego parece apagarse un momento y humea
cuando el agua vertida oculta de pronto la brasa;
pero pronto se purga, expulsa los turbios vapores,
y renovado y más fuerte alza su llama radiante.

VII

¡Oh qué feliz me siento aquí en Roma! Me acuerdo de cuando
el día gris me cercaba a traición en el Norte,
el cielo opaco y pesado se hundía sobre mi cráneo,
descolorido y deforme el mundo yacía en torno a mí, fatigado,
y para atisbar los sombríos caminos de mi insatisfecho espíritu
en silenciosas meditaciones sobre mi yo me abismaba.
Ahora ilumina mi frente el fulgor del Éter sereno;
llama a escena el dios Febo a los colores y formas.
Brilla de estrellas la noche, resuena con dulces cánticos
y es más clara la luz de la luna que el día en el Norte.
¿Qué dicha se me ha dado a mí, un mortal? ¿Tal vez sueño? ¿Acoges
en tu ambrosiaca morada a este huésped, oh padre Júpiter?
¡Ah! aquí estoy postrado y a tus rodillas alzo las manos
suplicante. ¡Oh, escúchame, genio de Júpiter!
Cómo he venido hasta aquí no puedo decirlo; fue Hebe
quien agarró al caminante y me metió en estas salas.
¿Acaso tú le pediste que te trajera a algún héroe?
¿Erró la hermosa? ¡Olvídalo! ¡Déjame a mí disfrutar del error!
¡Y tu hija Fortuna también! Los más espléndidos dones
reparte como una niña, según su capricho.
Dios, ¿eres hospitalario? ¡No expulses pues a este huésped
desde tu Olimpo a la tierra de nuevo!
«¡Mucho te encumbras, poeta!» — Perdóname, la alta
montaña capitolina es para ti un Olimpo segundo.
Déjame estar aquí, Júpiter, y que Hermes me lleve más tarde
por donde la tumba de Cestio, quedamente hasta el Orco.

VIII

Cuando me dices, querida, que no gustabas de niña
a la gente y que incluso tu madre te rechazaba
hasta que fuiste creciendo y te desarrollaste, lo creo;
imaginarte como una niña algo extraña, me gusta.
Al florecer de las cepas, forma y color no les sobran tampoco;
cuando maduran las uvas, a hombres y dioses deleitan.

IX

Luce la llama otoñal en el rústico hogar amigable,
crepita y brilla, y veloz silba al trepar por los leños.
Esta noche me alegra aún más, pues antes de que en carbón
se transforme el manojo y se hunda entre la ceniza,
vendrá mi dulce muchacha. Entonces llamearán ramas y astillas,
y, caldeada, la noche nos va a resultar un radiante festejo.
Por la mañana, hacendosa, saltará pronto del lecho de amor,
y hará que broten de nuevo ágiles llamas de la ceniza.
Pues Amor más que a otras tal don le otorgó a esta seductora:
despertar alegrías recién calmadas y hundidas como en ceniza.

X

Alejandro y César, Federico y Enrique, los grandes,
la mitad de la fama ganada me entregarían con gusto
si pudiera cederles mi lecho una noche a ellos;
pero a los pobres los tiene sujetos el poder del Orco.
Tú que estás vivo, disfruta de este lugar que caldea el amor
antes de que el terrible Leteo atrape tus pies huidizos.

XI

En vuestro altar puro deposita un poeta, oh Gracias,
estas hojas escasas, con unos capullos de rosa.
Y lo hace sin miedo. En su taller el artista disfruta
aunque todo en su entorno a un Panteón se asemeje.
Inclina Júpiter su frente divina, y Juno la alza;
avanza Febo, sacude su ensortijada cabeza;
baja su dura mirada Minerva, y Hermes, el ligero,
vuelve su vista a un costado, pícaro y tierno a la vez.
Mas hacia Baco, el voluble, el soñador, lanza Citeres
miradas de dulce anhelo, incluso en mármol aún húmedas.
De su abrazo le gusta acordarse; preguntar parece:
¿nuestro espléndido hijo no debería estar junto a nosotros^[2]?

XII

¿Oyes, querida, el alegre alboroto que llega de vía Flaminia?
Segadores son; pasan de vuelta a sus casas lejanas.
A la cosecha han puesto fin del romano
que desdeña trenzar por sí mismo la corona a Ceres.
No se dedican ya fiestas a la gran diosa
que, en lugar de bellotas, dorado trigo por alimento nos dio.
¡Celebremos tú y yo esta fiesta con alegría y a solas!
Pues dos amantes son ellos solos todo un pueblo reunido.
¿Alguna vez has oído de aquellos festejos místicos
que hasta aquí desde Eleusis pronto al vencedor siguieron?
Los fundaron griegos, y sólo los griegos gritaban,
hasta en los muros de Roma: «¡Venid a la noche sagrada!»
Lejos huía el profano; temblaba expectante el neófito,
al que un blanco ropaje, señal de pureza, envolvía.
El iniciado, después, deambulaba curioso por círculos
de raras figuras; en sueños vagar parecía, pues ya
le rodeaban serpientes por tierra, ya cofres cerrados,
festoneados de espigas, le presentaban muchachas;
murmillos y gestos ambiguos hacían los sacerdotes,
y el aprendiz esperaba impaciente la luz, inquieto y nervioso.
Sólo tras pruebas y exámenes varios le era revelado
lo que aquel sagrado círculo encubría en extrañas imágenes.
Y cuál era el secreto, sino que Deméter, la grande,
se complació en entregarse una vez a un héroe también
cuando antaño a Jasón, de los cretenses rey vigoroso,
concedióle el sagrado secreto, su cuerpo inmortal.
¡Dichosa fue entonces Creta! El tálamo de la diosa
rebosaba de espigas, y agobiaba los campos la rica cosecha.
Desfallecía, no obstante, el resto del mundo, pues Ceres
por el placer del amor su hermoso oficio olvidaba.
Estupefacto escuchó el iniciado la historia,
hizo un gesto a su amante... ¿ahora entiendes, amada, su gesto?
¡Aquel mirto frondoso da sombra a un sagrado rincón!
Nuestra satisfacción no supone para el mundo un riesgo.

XIII

El Amor sigue siendo un tramposo, y quien de él se fía, ¡se engaña!
Disimulando me vino: «¡Fíate esta vez de mí!
De buena fe te lo digo; has consagrado a mi culto
tu vida y tu poesía, agradecido lo acepto.
Mira, esta vez te he seguido hasta Roma, quisiera
hacerte algún buen servicio en esta tierra extranjera.
Todo viajero se queja del mal trato recibido;
a quien Amor recomienda, se le agasaja a lo grande.
Con asombro contemplas las ruinas de construcciones antiguas
e interesado recorres este espacio sagrado.
Y veneras aún más los valiosos restos de la obra
de contados artistas a los que visité en su taller.
¡Yo mismo formé esas figuras! Discúlpame, no
alardeo esta vez; reconoces que lo que digo es verdad.
Si con desgana me sirves, ¿qué hay de las bellas figuras,
dónde de tus creaciones el colorido, el fulgor?
¿Piensas ahora volver a crear, amigo? La escuela de Grecia
sigue abierta, los años no han cerrado sus puertas.
Yo, el maestro, soy joven por siempre y amo a los jóvenes.
¡No te quiero sabihondo! ¡A la obra! ¡Compréndeme bien!
¡Pues era nuevo lo antiguo en tiempos de aquellos afortunados!
¡Vive feliz y así en ti la antigüedad vivirá!
El tema del canto ¿de dónde lo tomas? Yo tengo que dártelo
y el estilo elevado sólo te lo enseña Amor.»
Así habló aquel sofista. ¿Quién iba a decirle que no? Además,
yo a obedecer acostumbro cuando lo ordena el Señor...
Ahora cumple lo dicho el traidor, tema me da para cantos
a la vez que me roba, ¡ay de mí! tiempo, fuerza y razón.
Apretones de manos, miradas y besos, palabras de afecto,
sílabas de precioso sentido intercambian un par de amantes;
el cuchicheo da en charla, y el balbuceo en agradable coloquio:
no acaba en normas prosódicas un himno de este cariz.
¡A ti, Aurora, te supe de siempre de las musas amiga!
¿También a ti te sedujo, Aurora, el pícaro Amor?
Ahora me pareces amiga suya, y vuelves
a despertarme en su altar para otro día de fiesta.
¡Encuentro junto a mi pecho copiosos los rizos! La cabecita
descansa apoyada en el brazo que al cuello se amolda.
¡Qué despertar tan feliz, horas tranquilas, si me guardarais
el recuerdo del placer que en el sueño nos meció!...

Ella se mueve en sueños y se hunde en el lecho tan amplio,
apartándose, aunque deja su mano en la mía.
Siempre nos unen amor entrañable y fieles anhelos,
y es el deseo tan sólo quien se plantea algún cambio.
Le aprieto la mano y ya veo sus ojos divinos
abiertos de nuevo. — ¡Oh, no! ¡Dejad que descanse instruyéndome!
¡Seguid cerrados! Me enredáis y embriagáis, mucha prisa os dais
en robarme el tranquilo deleite de la contemplación pura.
¡Qué notables sus formas! ¡Qué nobles sus miembros de espaldas!
¿Era Ariadna tan bella al dormir? ¿Cómo pudiste, Teseo, escapar?
¡Un solo beso a esos labios! Oh Teseo, ¡huye ahora!
¡Mira sus ojos! ¡Está despertando! — Te retiene ya para siempre.

XIV

¡Muchacho, enciende una luz! — «Aún hay claridad; gastaréis
mecha en vano y aceite. ¡No cerréis los postigos aún!
¡Tras las casas se nos ocultó, no tras los montes, el sol!
Queda aún media horita para el repique nocturno.»
¡Infeliz! ¡ve, obedece! ¡Estoy esperando a mi chica;
mientras, consuélame tú, lamparilla, dulce heraldo de la noche!

XV

Nunca a César habría seguido con gusto a la lejana Bretaña;
¡Floro me habría arrastrado con facilidad al figón!
Pues del triste norte las nieblas me son más odiosas
que una banda afanosa de pulgas del sur.
Recibid desde hoy mis mejores saludos, oh ventas,
hosterías, como con acierto os llama el romano;
porque hoy a la amada me habéis enseñado, junto con su tío,
al que engaña a menudo la hermosa para poseerme.
Ocupaba allí nuestra mesa un grupo de alemanes amigos;
buscó sitio cerca de ella junto a su madre mi niña,
corrió varias veces el banco y lo hizo de tal manera
que podía ver la mitad de su rostro, y su nuca completa.
Hablabá más fuerte de lo que suelen hacer las romanas, sirvió,
volvió hacia mí su mirada, y fuera del vaso echó el vino.
Éste corrió por la mesa, pero ella, con su fino dedo,
en la plancha de madera trazó con el líquido círculos,
mi nombre enlazó con el suyo; yo contemplaba
todo el tiempo anhelante el dedito, y ella bien lo notaba.
Por fin trazó velozmente un cinco en cifras romanas
y un palito delante. Deprisa, en cuanto yo lo hube visto,
fue enlazando los círculos, borrando letras y cifras;
pero aquel precioso cuatro quedó grabado en mis ojos.
Quedé sentado en silencio y me mordí el labio ardiente,
en parte por picardía y placer, por deseo en parte, hasta herirme.
¡Qué lejos queda la noche! ¡aún cuatro horas de espera!
¡Alto sigues, oh sol, mientras contemplas tu Roma!
No viste nada más grande, nada más grande verás,
como Horacio, tu sacerdote, prometió en su entusiasmo.
¡Pero hoy no te demores, y aparta solícito
tu mirada más pronto de las siete colinas!
En honor a un poeta recorta las horas soberbias
que fascinado contempla y disfruta feliz el pintor;
mira deprisa otra vez reluciente estas sublimes fachadas,
cúpulas y columnatas por fin, y a lo alto de los obeliscos;
húndete aprisa en el mar para ver más temprano mañana
lo que desde hace ya siglos placer divino te otorga:
estas orillas cubiertas ha tiempo de cañaverales,
estas colinas que oscurece la sombra de sotos y árboles.
Pocas cabañas mostraban al principio; luego las viste de pronto
de un ajetreado pueblo de afortunados ladrones poblarse.

A este lugar transportaban cuanto conseguían;
el resto del orbe apenas se merecía aún tu examen.
¡Aquí viste alzarse un mundo, luego viste aquí un mundo en ruinas,
y de las ruinas de nuevo un mundo casi mayor!
Para que lo vea yo aún mucho tiempo por ti iluminado,
¡que hile la parca prudente despacio mi hilo!
¡Pero que llegue deprisa la hora señalada!...
¡Feliz de mí! ¿Ya la oigo? No; pero ya oigo las tres.
Queridas musas, así una vez más falseáis
la duración de este rato que de mi amada me aparta.
¡Adiós! Ahora corro y no tengo miedo a ofenderos;
pues de él orgullosas, vosotras siempre le dais preferencia al amor.

XVI

«¿Por qué no has venido hoy a la viña, querido?
Sola, como prometí, te he estado esperando allá arriba».
—Ya estuve, ya, amiga mía, pero vi por fortuna a tu tío
junto a las parras, bregando, yendo de acá para allá,
¡y me escabullí bien deprisa! —«¡Menudo error cometiste!
¡Era sólo un espantapájaros lo que te echó! Ese muñeco
lo apañamos juntando afanosos ropa vieja y cañas;
contribuí con mi afán a perjudicarme a mí misma».
—Eso sí, se cumplió el deseo del viejo; al más bribón pájaro,
que le roba jardín y sobrina, ha ahuyentado hoy.

XVII

Muchos sonidos me enojan, pero el que más odio
es el ladrido del perro; su aullar desgarró mi oído.
Sólo a un perro escucho a menudo regocijado
aullar y ladrar; al perro que crió mi vecino;
porque antes ladraba a mi chica cuando, a hurtadillas,
entraba en la casa, y por poco descubre nuestro secreto.
Ahora, si lo oigo ladrar, siempre me digo: ¡ya viene!
O pienso en la época en que la esperada acudía.

XVIII

Una cosa entre todas me resulta molesta, y hay otra
tan repugnante que cada fibra en mí se subleva
sólo con pensarla. Os lo confesaré, amigos míos:
me molesta muchísimo estar solo en la cama de noche;
pero lo que es repugnante es el miedo a dar en la senda
del amor con serpientes y entre las rosas del placer con veneno,
cuando en el más bello instante del gozo que se te entrega,
a tu cabeza se acerca de la inquietud el susurro.
Por eso Faustina me hace feliz; pues comparte el lecho
a gusto conmigo y a quien es fiel le guarda idéntica fidelidad.
La juventud impulsiva prefiere seductores obstáculos; yo,
de un bien seguro disfrutar mucho tiempo tranquilo.
¡Qué felicidad! alternamos besos seguros,
aliento y vida aspiramos e infundimos sin miedo.
Disfrutamos así de las largas noches; oímos,
pecho con pecho apretados, tormentas, lluvias, chubascos.
Y así llega el amanecer y traen las horas
nuevas flores consigo y festivo engalanan el día.
¡Permitidme, quírites, tal dicha, y que a todos conceda
el dios este bien, el primero y supremo del mundo!

XIX

Difícil va a ser conservar mi buen nombre; la Fama
reñida está, ya lo sé, con mi dueño, el Amor.
¿Y sabéis de dónde surgió que estos dos se odieran?
Son historias antiguas, y a mí contarlas me gusta.
Fue siempre fuerte la diosa, pero resultaba en el trato
insoportable, pues le gustaba llevar la voz cantante.
Así que de siempre fue, en todo festín de dioses,
con su broncínea voz, odiada por grandes y chicos.
Una vez se jactó, fanfarrona, de haber esclavizado
por completo al soberbio hijo de Júpiter.
«Te devolveré alguna vez a mi Hércules, oh padre de los dioses»,
exclamó triunfante, «como nacido otra vez.
No es este Hércules ya el que te pariera Alcmena;
es su culto por mí lo que le hace en la tierra ser dios.
Cuando mira al Olimpo te crees que mira a tus fuertes
rodillas; ¡lo siento! pues alza sus ojos al Éter,
el hombre más digno, únicamente por mí; sólo por ganarme
recorre ligero su pie poderoso las sendas que nadie pisó;
pero también yo me encuentro con él en estos caminos y ensalzo
de antemano su nombre, aun antes de emprender su hazaña.
Me has de casar algún día con él; ¡que el vencedor de las amazonas
lo sea mío también y le llame contenta mi esposo!»
Todos callaron; provocar no querían a aquella engreída,
pues solía tener, enfadada, muy malas ideas.
No reparó en el Amor, que en silencio se apartó, y al héroe
sin gran trabajo al poder sometió de la más bella.
Disfrazó a la pareja después; a ella le echó la piel de león
por los hombros, y a duras penas le acercó la maza.
Mechó luego flores en los crespos cabellos del héroe,
y puso una rueca en su mano, que al juego se prestó gustosa.
Así tuvo pronto completo el gracioso grupo, y corrió
gritando por todo el Olimpo: «¡Han ocurrido prodigios!
¡Nunca la tierra ni el cielo, ni el infatigable sol
han visto en su órbita eterna ninguno de estos portentos!»
Todos se apresuraron; creyeron al rápido niño, que en serio
había hablado; y tampoco la Fama se quedó atrás.
¿A quién pensáis le alegró ver tan profundamente humillado
a aquel hombre? A Juno, que a Amor dirigió un gesto amable.
¡Al lado estaba la Fama, turbada, burlada, desesperada!
Al principio, rió: «¡Sólo son, oh dioses, máscaras!

¡Conozco muy bien a mi héroe! ¡Esos son actores
que de nosotros se burlan!» ¡Pero pronto vio con dolor que era él!
Ni la milésima parte a Vulcano enfadó
ver a su mujercita en la malla con su robusto amigo
cuando en el justo momento la red certera los atrapó,
rápida envolvió a los enredados, fuerte sujetó a los gozadores.
¡Cómo se alegraron los mozos, Mercurio y Baco! los dos
hubieron de confesar que descansar en el seno
de aquella soberbia mujer era una hermosa idea. Suplicaron:
¡Vulcano, no la sueltes aún! ¡Queremos volver a verla!
Y tan consentido era el viejo que la sujetaba aún más fuerte.
Pero la Fama escapó veloz y llena de furia.
Desde aquella época, la discordia entre ambas no cesa;
en cuanto elige ella héroes, acude el niño tras ellos.
A quien venera más ella, es a quien sabe atrapar mejor él,
y al más decente lo agarra de la manera más peligrosa.
Si alguien pretende huir de él, lo lleva de mal en peor.
Ofrece muchachas; quien necio se las rechaza
ha de soportar de su arco dardos furibundos;
desear hace a un hombre a otro hombre, excita al deseo hacia el animal.
Quien de él se avergüenza, tendrá que sufrir; al hipócrita
le siembra amargo placer entre crimen y urgencia.
Pero la diosa también lo persigue con ojos y oídos;
si un día contigo lo ve, se te vuelve hostil de inmediato,
te asusta con serias miradas y gestos de desprecio, y colérica
da pésima fama a la casa que suele él visitar.
Y también a mí así me sucede; ya sufro un poco; la diosa
intenta, encelada, averiguar mi secreto.
Pero es ésta una antigua ley: yo callo y adoro;
pues la querrela entre reyes la pagaron los griegos, lo mismo que yo.

XX

Si al hombre embellece la fuerza, y un ánimo libre y valiente,
oh, casi aún más le conviene el profundo secreto.
¡Discreción, que sometes ciudades! ¡Tú, princesa de pueblos!
Cara diosa, que me has conducido con seguridad por la vida,
¿qué destino me espera? La Musa bromeando me abre,
y el Amor, ese pícaro, me abre la boca cerrada.
¡Ah, qué difícil resulta a los reyes ocultar la vergüenza!
Ni la corona ni un gorro frigio recubren
las largas orejas de Midas; lo descubre el criado más próximo,
y el secreto le angustia y oprime por igual el pecho.
En el suelo querría esconderlo para librarse de él,
pero la tierra no guarda tales secretos;
cañas brotan de ella y murmuran al viento y susurran:
¡Midas, Midas, el príncipe, tiene las orejas largas!
Más difícil me resulta a mí ahora guardar un hermoso secreto;
¡ay, brota en los labios tan fácil lo que rebosa en el corazón!
No puedo a una amiga confiárselo, podría regañarme;
ni a un amigo, tal vez el amigo me pondría en peligro.
Para contar mi entusiasmo a los sotos, a la roca estruendosa,
ni soy ya lo bastante joven, ni estoy lo bastante aislado.
A ti, hexámetro, a ti, pentámetro, confiado os sea
cómo me alegra de día, qué feliz me hace de noche.
Ella, por muchos hombres buscada, evita los lazos
que con descaro el audaz, con disimulo el astuto le tienden;
con gracia y astucia de ellos se escabulle, y conoce las sendas
en que sin duda el amado a la escucha la recibe ansioso.
¡Espera, Luna, que viene; que no la vea el vecino!
¡Brisa, susurra en las hojas; que no oiga nadie sus pasos!
¡Y vosotras creced, floreced, queridas canciones, meceos
con el aliento más suave de un aire tibio, amoroso,
y a los quirites mostrad, como aquellas cañas indiscretas,
por fin el hermoso secreto de una pareja feliz!

XXI

Me ha tratado la suerte mejor de lo que yo me figuraba;
me ha hecho dejar a un lado con prudencia el Amor los palacios.
Hace mucho que sabe, y también lo he observado yo mismo,
lo que oculta bajo sus tapices un salón dorado.
Ciego llamarle podéis, y niño y maleducado; ¡yo te conozco
muy bien, discreto Amor, dios insobornable siempre!
A nosotros no nos engañaron las majestuosas fachadas,
ni el galante balcón, ni tampoco el patio solemne.
Pasamos de largo con prisa, y una puerta más linda y humilde
acogió al guía y al tiempo acogió al deseoso,
Allí me ofrece todo, me ayuda en todo y a conseguirlo todo,
esparce cada día sobre mí las rosas más frescas.
¿No tengo yo el cielo aquí? — ¿Qué das tú, hermosa Borghese,
nipotina, qué das tú además a tu amado?
Mesa, tertulia y salón y juegos y bailes y óperas
sólo roban a Amor con frecuencia el tiempo más oportuno.
Siguen dándome asco remilgo y tocados, ¿y acaso no se levanta
de brocado una falda lo mismo que una de lana?
O si ella quiere a su amigo gratamente ocultar en su seno,
¿no la desea él ya libre cuanto antes de cualquier adorno?
¿No deben desaparecer todos juntos encajes y joyas,
rellenos, ballenas, para poder sentir a la amada?
¡Más cerca lo tenemos nosotros! Ya cae tu vestidito de lana,
al desatarlo tu amigo, al suelo, arrugado.
Rápido lleva él a la niña, en leves prendas de hilo,
como si fuera su ama, bromeando, hasta el lecho.
Sin dosel de seda y sin colchones bordados,
cómodo para dos, está en medio de la amplia sala.
Y por más que Júpiter de su Juno consiga, con gusto
si pudiera se transformaría en alguien mortal.
Nos divierten las alegrías del auténtico amor desnudo
y el sonido chirriante, armonioso, de la cama que traquetea.

XXII

¡A dos peligrosas serpientes, que denostaron a coro los poetas,
el mundo con horror las llamó, hace ya miles de años,
a ti Pitón, y a ti la hidra de Lerna! Pero habéis sido
abatidas por la mano robusta de activos dioses.
Ya no destruís con aliento de fuego y espuma
rebaños, praderas y bosques, ni doradas cosechas tampoco.
¿Pero qué dios enemigo nos ha enviado en su cólera
el nuevo parto terrible del venenoso cieno?
En todas partes penetra, y en el más delicioso jardín
acecha alevoso el gusano, muerde al que está disfrutando.
¡Salud a ti, dragón de las Hespérides, tú te mostraste valiente,
tú defendiste intrépido la propiedad de las manzanas de oro!
Pero éste nada defiende, y donde se encuentra
no hay defensa que valga para jardines y frutos.
En secreto se arrastra hasta el bosque, ensucia las fuentes,
babea, transforma en veneno el vivificante rocío de Amor.
¡Oh qué feliz fuiste tú, Lucrecio! renegar podías
del amor por completo, y confiar a la vez en cualquier cuerpo.
¡Dichoso fuiste tú, Propercio! te bajaba el esclavo las mozas
desde el Aventino, de la arboleda Tarpeya.
Y cuando por Cintia dejabas aquellos abrazos,
infidel te encontraba, sin duda, pero también sano.
¡Quién no cuida ahora de no romper la aburrida fidelidad!
A quien no retiene el amor, la cautela retiene.
Y así incluso, ¡quién sabe! arriesgada es cualquier alegría,
no se puede apoyar la cabeza tranquilo en el seno de ninguna mujer.
Ni es seguro ya el lecho conyugal, ni el adulterio es seguro;
esposo, esposa y amigo se vulneran los tres mutuamente.
¡Oh, la Edad Dorada, cuando desde el Olimpo aún Júpiter
tanto a Semele se presentaba como a Calisto!
Se daba por hecho que limpio iba a encontrar el umbral
del templo sagrado, que traspasaba amante y magnífico.
¡Oh, cómo habría rabiado Juno si en la amorosa lucha
contra ella su esposo hubiera empleado armas venenosas!
Aunque no estamos tan desamparados, nosotros los viejos paganos,
siempre sigue estando pendiente un dios sobre la tierra,
activo y veloz, todos lo conocéis, ¡veneradlo!
A él, enviado de Zeus, a Hermes, el dios salvador.
Aunque se derrumben los templos del padre, aunque sólo señalen
aún un par de columnas el sitio del antiguo esplendor venerado,

va a seguir en pie el templo del hijo, y por siempre jamás
en él se alternarán el suplicante y el agradecido.
Sólo una cosa os pido en silencio a vosotras, oh Gracias,
os dirijo este ruego ferviente desde lo hondo del pecho:
proteged siempre mi lindo, mi pequeño jardín, alejad
toda desgracia de mí; si Amor me tiende la mano,
¡oh! de continuo os ruego, mientras confíe en el pícaro,
que me deis sin temor ni cuidados, sin riesgo el placer.

XXIII

Aquí está mi jardín cultivado, aquí espero las flores de amor
como las ha escogido la musa, sabiamente en bancales dispuestas.
La fructífera rama, los dorados frutos de la vida,
la planté por fortuna, ahora los espero con gusto.
¡Tú aquí al lado firme, oh Príapo! de ladrones no tengo
nada que temer, y con libertad coseche y disfrute quien quiera.
Sólo fíjate en los hipócritas, malhechores gazmoños y púdicos;
y si alguno se acerca y ojea este lindo recinto, y los frutos
de la pura naturaleza le asquean, castígale por detrás
con la porra que roja de tus ingles se escapa^[3].

XXIV

Del jardín en la parte trasera, allí estaba yo, de los dioses el último,
toscamente labrado, y el tiempo me había herido con saña.
Calabazas trepaban ceñidas a mi pie envejecido
y crujía ya bajo el peso de los frutos mi miembro.
La leña seca a mi lado, destinada al invierno,
al que odio, pues en la cabeza me coloca cuervos
para ensuciarme vilmente; el verano me manda criados
que, al aliviarse, impúdicos muestran el rudo trasero.
¡Mierda arriba y abajo! tuve miedo a volverme yo mismo
también porquería, algún hongo, leña podrida e inútil.
Gracias, ahora, a tu empeño, oh íntegro artista, consigo
entre los dioses el sitio que a mí y a otros nos corresponde.
¿Quién afianzó el trono, mal adquirido, de Júpiter?
Pintura y marfil, mármol y bronce y poemas.
Con gusto me miran ahora hombres razonables, y pensarse
puede cada uno gustoso como lo pensó el artista.
Ni la muchacha se asusta de mí ni la matrona tampoco,
ya no soy espantoso, sólo soy enormemente fuerte.
Por eso también a ti te ha de rebosar desde el centro medio pie de largo
la espléndida verga cuando a la amada la ofrezcas,
y no ha de cansársete el miembro hasta que de las doce
posturas que Fileno con arte ideó disfrutéis.